

Evocación de Palacio Valdés

Por MARINO GOMEZ-SANTOS

A propósito del centenario de don Armando Palacio Valdés quisiéramos diseñar un perfil del novelista con dos fondos distintos: uno, el de los soportales de la calle de Rivero, de Avilés, escenario de su niñez; otro, el de la ciudad de Oviedo, con sus viejas calles laberínticas, húmedas y abandonadas, escenario de su adolescencia.

EN AVILÉS

Avilés era en 1861 una teoría de soportales. En el número 8 de la calle de Rivero vivía Palacio Valdés. Había ido allí la familia desde la aldea de Enliva cuando Armando contaba aun pocos meses. El barrio de Rivero y el de Galiana eran ruidosos. Los chicos llenaban los soportales con piedras y a la salida de la escuela, con frecuencia, se daban en encarnizadas batallas. Los soportales servían para resguardarse. Las luchas eran frecuentes y el final siempre parecido: un chico con una ceja partida, otro con un rasguño en la mejilla. El remedio ya se sabía de siempre. Al herido se le llevaba a la farmacia y el boticario, un viejo refunfuñón, le curaba, sin olvidarse de hilvanar una arenga apropiada al caso.

Pero en Avilés no eran todo batallas a pedradas. Las había de otro tipo. Si no que se lo preguntasen a Concesa y al propio Armando. ¿Concesa? ¿Quién era Concesa? Cualquiera chico del barrio de Rivero, o de Galiana, o de Villalegre podría contestar. Concesa era una niña rubia que bailaba muy bien en la giraldira y que además, según ellos, era la novia de Armando.

Los muchachos de la calle exageraban, sin duda. Armando no había hecho más que mirarla de lejos. Era verdad que se le iba la vista. Pero nada más. Lo suficiente para que cuando Palacio cruzara la calle de Rivero empezaran a cantar:

Armando la quiere más que todos en general.
Todos la quieren bastante pero Armando mucho más.
Años después escribe Palacio Valdés que, ya afeitándose la barba y estudiando su carrera en Madrid, habiendo ido a pasar unos días de vacaciones a Avilés, acertó a ver en un muro de una finca, escrito con carbón: «Concesa y Armando».

«Me hizo sonreír. Yo era un sabio en aquella época y desde lo alto de mi ciencia contemplaba aquellos pueriles amores con soberano deseo.»

«Hoy, desde lo alto de mi experiencia, los miro con un poco más respeto.»

EN OVIEDO

En Oviedo, hacia el último tercio del siglo XIX llegó a las aulas universitarias un joven rubio, fornido, con la nariz ancha y aplastada y unos ojos azules muy claros. No conocía él a nadie; pero los jóvenes estudiantes de bachillerato pronto le conocieron a él por su carácter pendenciero, por su rostro coloradote de chico sano y por unos puños que estaban siempre prontos al vapuleo.

En uno de estos combates se conocieron Leopoldo Alas y Palacio Valdés. Era en el parque de San Francisco donde había ido a cumplir el desafío, desde la Universidad, el joven Armando y otro condiscípulo.

Leopoldo Alas, el que iba a ser el temido «Clarín», era entonces un chico paliducho y canijo, que tenía fama de haberse leído media biblioteca universitaria y que con frecuencia publicaba versos en las revistas madrileñas, donde escribían los grandes prestigios de la literatura nacional.

Con Alas paseaban Rubín y Tomás Tuero. A ellos se unió Armando y con ellos convivió hasta muchos años después de obtener el título académico. En aquel tiempo no pasó el grupo desapercibido en Oviedo. Así que concluían las clases, al anochecer, resguardados de la lluvia bajo los paraguas, iban paseando por las calles, discutiendo de cuestiones gramaticales con gran ardor. Para ellos no había más héroes en el mundo

que aquellos señores que firmaban los artículos en la prensa madrileña. Alas era el ganador de casi todas las batallas lingüísticas; pero pronto se supo que en su casa tenía un diccionario de galicismos.

Mucho tiempo después, pensando ya canas, escribiría Palacio Valdés: «Cuando alguna vez voy a Oviedo y atravieso la calle de la Magdalena o Cima-devilla, me detengo conmovido



Don Armando Palacio Valdés.

y me digo: «Aquí fué donde Leopoldo Alas me demostró que «coaligarse» era una palabra bárbara traducida del francés

y que se debe decir «coligarse»; aquí fué donde Tuero me hizo ver que pronunciaba de un modo cojo cierto verso de Espronceda.»

Los amigos contemporáneos de don Armando han ido muriendo casi todos; es verdad. Pero quedan lugares en Asturias que no mueren y no dejan que se olvide el recuerdo de Palacio Valdés. Por eso, sobre la casa número 8 de la calle de Rivero se ha colocado hace días una placa conmemorativa para perpetuar la gloria de su novelista: Armando Palacio Valdés.

*“Alerta” 11. XI. 1953.
Santander.*